

## HOMILÍA II DOMINGO DE ADVIENTO CICLO C

Pbro. Abel Cardona de Lara

09 de diciembre de 2018

En el tiempo del adviento nos preparamos para recibir al Señor con una alegre espera manteniéndonos despiertos por la palabra de los profetas que nos invitan a la conversión. Hoy encontramos a Juan el Bautista, quien con su predicación y bautismo que invitaba a la conversión para el perdón de los pecados, hace recordar las palabras de Isaías, un gran profeta: “Voz del que clama en el desierto: Preparen el camino del Señor, enderecen sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios”.

Así como fueron llamados todos los profetas del Antiguo Testamento, para hablar en nombre de Dios al pueblo, para denunciar las injusticias, el culto vacío, la idolatría, la lejanía del Señor... y para anunciar el camino correcto y con esperanza la venida de tiempos nuevos, así la palabra de Dios fue dirigida a Juan en el desierto, hijo del sacerdote Zacarías, convirtiéndose en precursor del Mesías.

El desierto en la memoria de Israel es un lugar de reunión, donde Dios ha hablado al corazón de su pueblo, ha hecho alianza con ellos, los ha acompañado guiándoles como pastor hacia la tierra que les había prometido. En el desierto Juan invita a la conversión y recuerda que Dios es fiel y mantiene sus promesas de salvación. Por eso, convoca de nuevo a su pueblo en el desierto para anunciar la llegada del Mesías. Pero Dios espera del hombre la disposición que se manifiesta en un bautismo de conversión, para superar los obstáculos que impiden ver la salvación.

El profeta Baruc, secretario de Jeremías durante el exilio en Babilonia, después de la oración penitencial del pueblo, inicia una exhortación dando ánimo a los israelitas. Ellos han sufrido la consecuencia de sus malas acciones, pero ahora pueden confiar en la misericordia de Dios, que no les ha abandonado: el pueblo será liberado, gozará de paz. El hombre siempre es llamado a retomar el buen camino, corregir sus errores, para experimentar la restauración. Todos los profetas subrayan la importancia de las elecciones del hombre, de su conversión. Ellos anuncian que Dios no se lleva con el mal y el pecado, e interviene para renovar la vida de los débiles. Baruc lanza un mensaje de confianza y esperanza: la vida y la felicidad son posibles después de la amargura y la oscuridad.

Ese es el anuncio de Juan en el desierto. “Juan” en hebreo significa “Dios ha tenido misericordia” y, en efecto es en la figura y mensaje de este personaje donde encontramos el grande anuncio: Dios no nos rechaza, no nos olvida por nuestras maldades, Dios quiere usar la misericordia con nosotros. A nosotros sólo nos queda aceptar esa misericordia, enderezando nuestros caminos, no oponer obstáculos para que esa misericordia llegue a nuestra vida, rebajando los montes de nuestra soberbia, rellenando los vacíos que tenemos por la ignorancia y la falta de amor, enderezando lo torcido y escabroso de nuestra vida por el pecado.

Experimentemos la misericordia de Dios en la confesión de nuestros pecados, digamos con el Sal 50: “misericordia Dios mío por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa” y al experimentar su misericordia, seamos misericordiosos con nuestros hermanos “sean misericordiosos como su Padre es misericordioso” (Lc 6,36), perdonemos las ofensas, vivamos las obras de misericordia corporales y espirituales.

Seamos profetas como Juan el Bautista en este tiempo de adviento. En las posadas que organizamos en nuestras escuelas, trabajos y familias no olvidemos un momento de oración o escucha de la Palabra de Dios. Preparémonos para la venida de Jesús e invitemos a otros a prepararse, seamos profetas como Juan el Bautista, que señalen que el Mesías que trae misericordia y salvación está llegando.

San Pablo ora por los filipenses, una comunidad muy querida por él, diciendo: “Que su amor siga creciendo más y más y se traduzca en un mayor conocimiento y sensibilidad espiritual. Así podrán escoger siempre lo mejor y llegarán limpios e irreprochables al día de la venida de Cristo...” Es necesario pedir a Dios y desarrollar una capacidad para el discernimiento a partir de la escucha de la Palabra de Dios y la oración para distinguir, entre tantas propuestas y opciones, cuál es la mejor y cuál está libre de mentira y error. Los obstáculos para un buen

discernimiento son la superficialidad, la dispersión, la pereza para la reflexión, el conformismo, la autosuficiencia, la rutina, el acomodamiento, los prejuicios, los intereses personales, el pecado... Dios nos conceda la capacidad para distinguir entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso, para tomar buenas decisiones en nuestra vida y estar así preparados para su venida.